



# CANCER

## los límites de la esperanza

FELIPE MELLIZO

**E**N su búsqueda de cosas emocionantes o, al menos, de palabras emocionantes, los periódicos españoles han informado a sus lectores de algo sensacional: el mundo espera, conmovido, el definitivo y formidable fármaco que acabe con el cáncer. Bien; por lo pronto eso es mentira. Es mentira que el mundo esté conmovido. Me he tomado la molestia de mirar, atentamente, un periódico británico —The Guardian—, otro francés —Le Monde— y otro alemán —Frankfurter Allgemeine— en sus ediciones del mes de marzo. Por supuesto, en todos ellos hay alguna información y algún comentario sobre el cáncer y sus posibles curaciones. Exactamente dos notas cortas en el inglés, una larga y una corta en el francés, dos cortísimas en el alemán. Ningún titular escandaloso, ninguna llamada estentórea, silencio en torno a las maravillas del AU-8 soviético, una sola mención al Norgamen del doctor Gosálvez y poca cosa más. Esa "expectativa mundial" ante los nuevos fármacos cancerosos es, en sentido estricto, una hermosa patraña, como aquellos claros clarines que anunciaban, en las vastas praderas, la llegada sacramental del Séptimo de Caballería. En todos los países civilizados se mira con interés y cautela cuanto está ocurriendo: sólo en el nuestro se añade a esa mirada un acento dramático y barato. Este párrafo, una vez leído, puede archivarse en el rincón del cerebro en que deben guardarse las sospechas.

Y, así, vamos a ver de qué se trata. Parece que, para los conmovidos portavoces, cuatro son las columnas que pretender cazar al terrible cangrejo: el Interferón, el AU-8, el Norgamen y la droga misteriosa del médico israelí David Rubín. Esa simplificación es, y siento tener que ponerme así otra vez, otro embuste. Ni esas cuatro cosas son las únicas, ni son las más importantes, ni se acaba ahí la historia. Con esas cuatro columnas quien triunfa sobre el cangrejo es un cierto periodismo; no la Medicina.

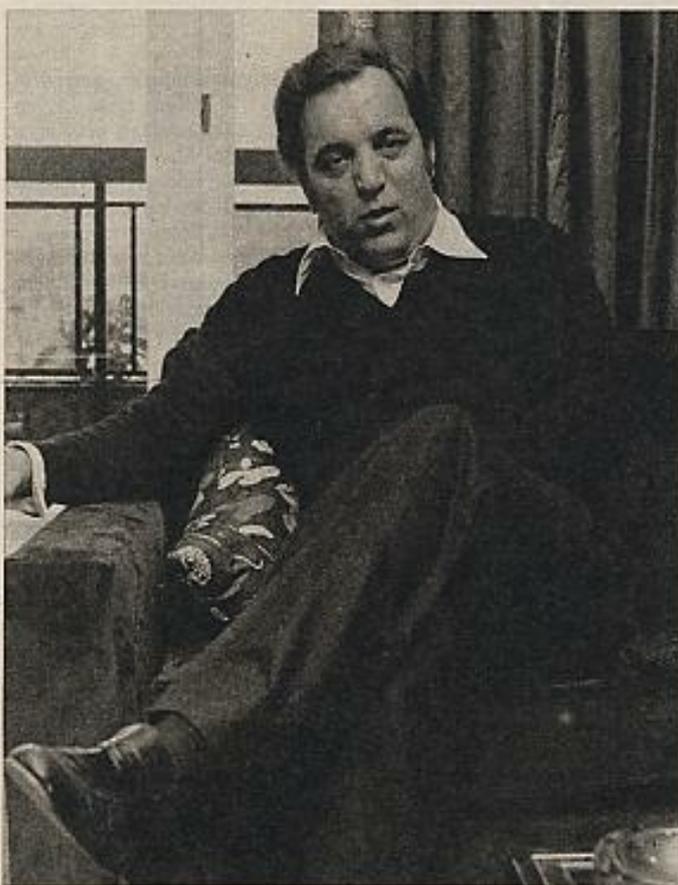
Tal vez convenga, como lección, empezar por el doctor Rubín. Cuando se publique esta nota, puede haberse reunido una comisión del Ministerio israelí de Salud Pública para decidir si la presunta droga de Rubín es o no aceptable. Pero como medida cautelar, los lectores deben saber que Rubín ha sido acusado por un portavoz del Gobierno de haber "contrabandeado" una droga norteamericana, el "latril", y de haberla modificado levemente, para conseguir la que ahora se presume milagrosa. El Ministerio ha prohibido el uso de la droga en seres humanos tras una prueba oficialmente controlada

que resultó —según el Gobierno— negativa. Rubín está enfrentado a la mayoría de los médicos y científicos de su país, que desestiman su invento. Algún dato más: David Rubín tiene cuarenta años, y no ejerce la Medicina. Vive en la aldea de Bet Neko, en Judea, y trabaja en un laboratorio instalado en su propia casa. A mí me parece que un poco de agua fría sobre esas "emociones mundiales" es muy saludable. La esperanza tiene que apoyarse siempre en la luz, no en las hazañas románticas e improbables.

Veamos ahora el AU-8. Más conocido en España que en otros

países, gracias a una crónica firmada por Ismael López Muñoz en "El País". Pueden ustedes estar seguros de que la Medicina mundial no ha temblado lo más mínimo. La Oncología soviética, sin duda, es en estos momentos la más desarrollada del mundo —no la más avanzada— y cabe esperar que del trabajo de los médicos y bioquímicos de la URSS obtengamos todos conocimientos decisivos para nuevos tratamientos del cáncer. Pero decir cosas como que "dos millones de personas han sido curadas totalmente de cáncer en la Unión Soviética" es una notable estupidez. Cambiando la cifra, eso se podría decir de cualquier país del mundo, porque las terapéuticas al uso han tenido éxitos parciales evidentes, aunque, por lo que se ve, poco cacareados. La verdad es que "gente curada del cáncer", en todo o en parte, anda por la calle a nuestro alrededor, felizmente.

El AU-8, a mí, que soy un lego, me parece —por lo poco que he leído, fundamentalmente en la crónica de López Muñoz mencionada arriba—, menos milagrosa que el tesón de los médicos soviéticos. Se trata, y esto no explica nada, de una "sustancia hidrolítica natural que contiene casi todas las sustancias bioquímicas y moleculares que son indispensables para la existencia normal del organismo". Por lo visto, un biólogo llamado Altmeri sabe lo que debe hacerse con ciertas bacterias para que se conviertan en almacenes de "alimentos concentrados", metabolizables por el organismo humano y con un gran poder bioactivo que compensaría las insuficiencias celulares. Más o menos, quiero decir. Se entiende mejor si se dice más simplemente: el AU-8 es una comida. Existe, legalizado, desde 1976. Ha probado ser un buen medio en casos de cáncer en sus fases primeras. Lo conocen casi todos los laboratorios del mundo. No ha sido, ni es, una revelación, ni tampoco una revolución. El propio doctor Boris Peterson, de la Academia de Medicina de la URSS, ha dicho tranquilamente, porque no es tonto, que no se está



El doctor Mario Gosálvez, médico del Departamento de Bioquímica Experimental de la Clínica Puerta de Hierro de Madrid y jefe del equipo que investiga sobre la nueva droga anticancerígena Norgamen.



Los doctores Nielsen, izquierda, y McAllister, que aplican en sus tratamientos Interferón.

en condiciones de reducir la difusión de las dolencias oncológicas". Así, pues, es de agradecer que exista el AU-8, pero hay que bajar a la gente de la higuera.

El Norgamen del doctor Gosálvez y el doctor Brugarolas es otra cosa, además de un estupendo argumento para poder decir, a gritos, que en España hay también investigadores muy listos. Los dos médicos, el primero del Departamento de Bioquímica Experimental de la Clínica Puerta de Hierro y el segundo del Departamento de Oncología del Hospital General de Asturias, publicaron una "comunicación preliminar" en la revista británica "The Lancet" en su edición del pasado día 12 de enero. Es curioso que casi nadie, por cierto —fuera, supongo, de los científicos realmente interesados— haya sentido la menor curiosidad por lo que se decía en aquel artículo. Si alguien quiere enterarse, puede leerlo íntegramente en el semanario madrileño "Tribuna Médica" del día 25 de enero: Tratamiento del cáncer mediante un inductor de transformación inversa.

El Norgamen es ácido tiazolidín 4-carboxílico, por otro nombre "tioprolina". La palabra Norgamen es una abreviatura inteligente del principio en que se basa la acción de la droga: restablecer la ORGA-nización NORMAL de la ME-mbrana. Parece ser que la triopolina actúa induciendo la transformación inversa en células tumorales, es decir, que lleva a la célula anormal a rehacer el camino andado. Los ensayos se hicieron con el apoyo económico del Ministerio de Sanidad —no hubo, pues, misterio alguno— y con resultados que, sin glorificaciones excesivas, pueden calificarse de "buenos". En el momento de publicarse la comunicación en "The Lancet", treinta y dos pacientes habían sido tratados con Norgamen. No se observó toxicidad y desaparecieron los malestares anejos a la enfermedad. Las inyecciones son continuas y desagradables. Se consiguieron remisiones parciales importantes. A pesar del griterío emocional, esa droga no es

utilizable más que en ciertos casos de cáncer y en ciertos enfermos y está lejos de ser la panacea, pero es una aportación seria, esperanzadora y fidedigna. Es necesario subrayar que eso es todo.

El Interferón no es un hallazgo nuevo, ni siquiera reciente. Es conocido desde 1957 y en los veintitrés años que han transcurrido desde entonces ha constituido siempre un sugestivo misterio científico que, según parece, se empieza a desvelar ahora. Se trata de una proteína de complicada estructura molecular, potencialmente de una gran eficacia contra ciertos procesos víricos y cancerosos. Habría que decir, para ser lingüísticamente precisos, "interferones", ya que no es una la molécula de estas características. El Diccionario médico "Stedman" —que es algo así como la Biblia—, los define como macromoléculas de un peso molecular en el ámbito de 20.000, producidas en cultivos celulares o tejidos-huésped en respuesta a infecciones con virus activos o inactivados y capaces de inducir un estado de resistencia a las grandes infecciones... La súbita reaparición de los interferones en el gran drama del cáncer se debe a ciertos acontecimientos científicos. Era imposible sintetizar en laboratorios esa proteína por la complejidad de su estructura, pero un biólogo del Instituto Tecnológico de California, Leroy Hood, y sus colaboradores, han conseguido, muy recientemente, lo que ellos llaman un "escalpelo de proteínas", una especie de "cuchillo químico" que permite identificar, uno por uno, los aminoácidos que constituyen la cadena molecular del Interferón, alrededor de 150. En esta aventura está ya metida, por supuesto, una "multinacional": Du Pont.

Como ya dije, vagamente, en otro número de TRIUNFO ("Interferón", TRIUNFO, número 889) otra información paralela a la anterior se produjo en los mismos días. Para el tratamiento de seres humanos sólo vale el interferón humano y sólo hay, que yo sepa, una institución que lo

obtenga del suero de los donantes: la Cruz Roja de Finlandia. Pero un laboratorio suizo, en una comunicación rara, vaga y difícilmente comprobable, asegura haber conseguido que una bacteria se convierta en planta productora de la formidable proteína insertando en ella un gen humano que contiene, por ende, el mensaje del Interferón. En cualquier caso, de las cuatro presuntas maravillas de la lucha contra el cáncer, ésta es la más sólida y la más atractiva.

La hermosísima idea de que el cáncer está a punto de ser vencido es una falacia. Hay otra: la de creer que nada se ha conseguido hasta ahora en el empeño de identificar y combatir este mortífero grupo de patologías. Es mentira que la ciencia y la medicina no hayan conseguido un solo éxito. Por el contrario, el cáncer ha sido batido en muchos frentes, con éxitos duraderos o parciales y a veces —como en el caso de la otrora espantosa "enfermedad de Hodgkin"— totales. Tanto los optimistas como los desesperados deberían leer un libro, breve y fácil, que acaba de publicarse en castellano: La nueva esperanza de la Medicina, del francés Jean Bernard, director del Instituto de Investigaciones sobre las Leucemias y enfermedades de la sangre de la Universidad de París. En sus páginas se recoge, sin exceso alguno, la apasionante historia real del cáncer y de su tratamiento.

La cirugía fue, y todavía lo es, un medio eficaz en muchos casos. La radioterapia lo fue y lo es y, además, los peligros marginales de su aplicación se han ido reduciendo a medida que se perfeccionaban los conocimientos de la Física. Así, por ejemplo, se combate con éxito la enfermedad de Hodgkin, el tumor ganglionar. La quimioterapia (a la que pertenecen nuestros cuatro prodigios actuales) se desarrolla velozmente, fundamentando su acción en cuatro "intenciones teóricas": la destrucción local y general de las células cancerosas, la regulación del proceso de producción anormal de dichas células (Norgamen, por ejemplo), el fortaleci-

miento de las defensas del paciente (el AU-8, por ejemplo y cualquier otro tratamiento inmunológico) y la eliminación bioquímica de las causas últimas del cáncer.

En cada uno de estos cuatro campos se han conseguido y se consiguen victorias diarias y se conseguirán muchas cosas más cuando, técnica y socialmente, sea posible establecer de manera regular diagnósticos precoces. La incurabilidad del cáncer es un mito literario de escasa calidad, algo así como un cuento de aparecidos, de seres fantásticos contra los que no pueden nada los pobres mortales. El cáncer es, en efecto, una de las cuatro grandes causas de muerte en el mundo, pero la inmensa mayor parte de los seres humanos NO muere de cáncer. Es la muerte lo que es incurable, cualquiera que sea su causa directa y es a eso a lo que no nos acostumbramos. Ahora mismo, en medio mundo, la gente muere de cosas que a nosotros, los vanidosos señores de las ciudades occidentales, nos dan risa.

Tampoco es cierto que sea el cáncer el más duro desafío planteado a la ciencia que, en verdad, se tiene que enfrentar a horizontes pavorosos sin llegar a la oncología. Pero entre todos hemos convertido esa enfermedad en un mal apocalíptico, definiéndolo con metáforas sublimerías, difundiendo el terror y, lo que es peor, alentando esperanzas impúdicas que hacen cisco a pacientes y familiares. Hay ya cincuenta mil maneras de luchar contra el cáncer y los presuntos descubrimientos recientes alargan la lista. Es así como se combatieron a lo largo de la Historia las grandes plagas y sólo se pueden contar tres o cuatro descubrimientos fulminantes (y tal vez me pase), desde que tenemos constancia de la lucha del hombre por entender su destino fisiológico.

Así es que, sintiéndolo mucho, NO estamos a punto de resolver el problema de una vez por todas. Pero lo estamos resolviendo. Pedir paciencia a los que sufren es una osadía intolerable y yo no lo voy a hacer: tienen derecho a ser impacientes. Pero quienes tienen que tener paciencia y pensar las cosas dos veces antes de proclamar estupideces vanas somos todos los demás, los que todavía estamos viendo el cáncer desde la barrera, los que, en cualquier caso, estamos destinados a morir también, por muy listos que sean los rusos, los israelíes, los californianos y el doctor Gosálvez. Mejor sería que nos dispusiéramos a vivir en libertad, sin truculencias, aceptando nuestra hermosa ración de historia. ■